

CONVERSACIÓN CON AGUSTÍN DE HIPONA

Posidio, con el cariño que le caracteriza hacia Agustín y todo lo agustiniano, entre otras muchas lecciones que nos ha dictado sobre su maestro y amigo, nos indica dónde encontramos a Agustín inmortal y vivo, cuando dice: “Dejó a la Iglesia clero suficientísimo y monasterios llenos de religiosos y religiosas, con su debida organización, su biblioteca provista de sus libros y tratados y de otros santos; y en ellos se refleja la grandeza singular de este hombre dado por Dios a la Iglesia, y allí los fieles lo encuentran inmortal y vivo” (Posidio, vida 31). Quiero resaltar de lo leído “la grandeza singular de este hombre” y “dado por Dios a la Iglesia”, es decir, Agustín pertenece a la Iglesia, es patrimonio de la humanidad, nunca propiedad privada, nunca sólo de unos pocos, por eso me parece tan importante hacer posible que hoy siga vivo y enseñando, pero, como sabemos ya donde lo encontramos inmortal y vivo, será de inteligentes leer sus libros e invitar a todos a que se acerquen a sus obras, a toda su obra para conocer mejor el camino por el que él ha marchado y por el que peregrinamos nosotros y, a la vez, seguir los pasos de quienes a lo largo de la historia han seguido los de tal santo. Con esta inquietud dentro, queriendo que sea él el que nos hable, me acerqué a Agustín y le dije: Mira, estoy en un verdadero apuro, tengo que escribir algo sobre ti para un grupo de personas que quieren seguir tus pasos, que quieren conocerte mejor, ¿qué me sugieres que les diga?

¡Qué interesante!, me dijo, y ¡qué curioso!, en lugar de vivir lo que yo viví os entretenéis escribiendo y hablando de mí... Claro que será necesario que conozcáis algo de mi itinerario y de mi vida para poder vivirlo, para seguir mis pasos...

Me has dado un idea, le dije, ¿por qué no nos recuerdas cuáles fueron tus inquietudes y cómo viviste? ¿Dinos una palabra para vivir a tu estilo? ¿Dinos algo de ti que ilumine nuestro vivir? ¿Cómo vivirías hoy aquí, con nuestras circunstancias? ¿Qué mantendrías de lo que dijiste y qué cambiarías?

Me respondió sonriendo, ¿no te parecen muchas preguntas? Además algunas de ellas sois vosotros los que tenéis que responderlas, conociéndome a mí y a vuestro mundo. Pero, ¿por qué queréis oírme hablar de mí? ¿Sois conscientes del peligro de vuestra curiosidad? Un día en Confesiones invité a corregir la propia vida antes que escudriñar vidas ajenas, dije: “¿Qué tengo, pues, yo que ver con los hombres, para que oigan mis confesiones, como si ellos fueran a sanar todas mis enfermedades? Curioso linaje para averiguar vidas ajenas, desidioso para corregir la suya. ¿Por qué quieren oír de mí quién soy, ellos que no quieren oír de ti quiénes son?” (Confesiones 10, 3, 3). Sí, recuerdo la profunda admiración y el asombro absoluto que me causaba que los hombres curioseasen las cosas y la naturaleza y no se conociesen a sí mismos: “Mucha admiración me causa esto y me llena de estupor. Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos” (Confesiones 10, 8, 15). ¿No os parece que con frecuencia vivimos la vida como turistas curiosos, sin profundizar y pasando por encima de las personas y

de las cosas? De todas las maneras, no quiero defraudaros, aunque para conocerme ya tenéis Confesiones, el libro de mi vida, y el escrito por mi amigo Posidio... En principio ya sabéis mi convicción, lo que dije en el libro que escribí sobre la Trinidad, cuando me preguntaba: “¿qué es mi corazón, sino un corazón humano?” (Trinidad 4, prólogo, 1)

“¡Corazón humano!”, le dije, ¿qué quieres decir? ¿Estás hablando de la necesidad de humanizarnos, de tener un corazón sensible y de carne?

Bueno, sí, no estaría mal, pero con esto lo que quería decir es que, cuando hablo de mí desde lo profundo de mi ser, lo que hablo sirve para todos y es un lenguaje universal, por eso no es de extrañar que tantos, a lo largo de la historia, se sintiesen reflejados en lo que yo digo, como Teresa de Jesús, Petrarca, Papini y tantos otros, como si mi vida fuese vivida en muchos tiempos y lugares y por distintas personas. ¿Queréis también vosotros vivirla? Para hablaros de mí en este contexto, tendría que hacerlo en dos vertientes: por una parte, cómo entiendo el ser humano en general y, por otra, en qué he puesto yo el acento de mi vida.

Está bien, te escuchamos.

En cuanto al primer aspecto, ya dije en una ocasión, explicando el evangelio de san Juan, en qué hemos de poner nuestra dignidad, os lo recuerdo: “Sólo la inteligencia distingue al hombre del animal. No pongas en otra cosa tu gloria. ¿Haces alarde de tus fuerzas? Las bestias son superiores a ti en eso. ¿Alardeas de ligereza? Las moscas son más ligeras que tú. ¿Presumes de hermosura? Es superior a la tuya la hermosura de las plumas de un pavo real. ¿De dónde procede tu superior excelencia? De la imagen de Dios ¿Dónde está esa imagen? En la mente, en el entendimiento. Luego, si eres más excelente que las bestias, es porque tienes inteligencia, con que ves lo que ellas no pueden ver; de ahí te viene el ser hombre, el ser superior a los animales... Esta es la vida aquella por la que todas las cosas fueron hechas” (Comentario a Juan 3, 4).

Ahora recuerdo que en una ocasión, queriendo explicar el sentido de la frase del Génesis: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, dijiste que el ser humano ha sido hecho a imagen de la Trinidad.

Sí, tengo muy vivas las palabras que escribí en el primer comentario que comencé y no terminé por las dificultades que encontré, sobre el Génesis, estas fueron: “El sentido que debemos más bien elegir en estas palabras, hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, es que no las entendamos como dichas en singular, sino en plural, porque no fue hecho el hombre a imagen de sólo el Padre o de solo el Hijo o de solo el Espíritu Santo, sino a imagen de esta Trinidad” (Del Génesis a la letra incompleto 16, 61).

¡Qué abismo! ¡Qué grandeza! Soy imagen del Dios-Trino... Si he entendido bien, el ser imagen de la Trinidad es también todo un compromiso, de

ahí se desprende que hemos de reproducir de alguna manera la vida de la Trinidad, pero ¿cómo hacerlo? ¿Danos algunas pistas, Agustín?

Preguntas ¿cómo hacerlo? Ya lo he insinuado, en uno de mis sermones cuando he hablado de la única cosa necesaria: “Una sola cosa es necesaria: aquella unidad celeste, la unidad por la que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola cosa. Ved cómo se nos recomienda la unidad. Es cierto que nuestro Dios es una Trinidad. El Padre no es el Hijo, y el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu de ambos. Y con todo, estas tres personas no son tres dioses, ni tres omnipotentes, sino un solo Dios omnipotente. La misma Trinidad es un solo Dios, porque una sola cosa es necesaria. Y a la consecución de esta única cosa sólo nos lleva el tener los muchos un solo corazón” (Sermón 103, 4).

Ya entiendo, dije, la clave para vivir nosotros al estilo de la Trinidad está “en tener los muchos un solo corazón”, en la concordia, en la unanimidad, en vivir la caridad y la unidad... ¡Qué maravilla!, pero continúa.

Después de una breve pausa, continuó. En otra ocasión, comentando la visita nocturna del amigo inoportuno, les decía a los fieles que me escuchaban y os digo hoy a vosotros, que lo que hemos aprendido en la Trinidad, hemos de vivirlo y enseñarlo a los otros: “Cuando hayas conseguido los tres panes, es decir, el alimento que es el conocimiento de la Trinidad, tendrás con qué vivir tú y con qué alimentar al otro. No tengas miedo de que venga un peregrino de viaje, al contrario, hazle miembro de tu familia recibéndole. No temas tampoco que se te acaben las provisiones. Ese pan no se termina; antes bien, terminará él con tu indigencia. Es pan, y es pan, y es pan: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo... Aprende esto tú y enséñalo. Vive tú de él y alimenta al otro. Dios, que es quien da, no puede darte cosa mejor que a sí mismo” (Sermón 105, 4). Está claro que sólo Dios es suficiente, con él lo tenemos todo: “Con razón sólo Él basta. Si somos avaros, amémosle a Él. Si deseamos riquezas, deseémosle a Él. Solamente nos podrá saciar aquel de quien se dijo: que sacia de bienes tus deseos” (Sermón 177, 9). Por tanto, todo nuestro quehacer es unimos a Dios y acrecentar sus amadores, en esto está toda nuestra riqueza y nuestro gran reto, aquí está nuestro futuro y nuestro presente, como ya dejé dicho comentando el salmo 72: “¿Pero tú qué haces? Para mí es un bien unirme a Dios. Este es el bien absoluto. ¿Queréis más? Compadezco a los que lo quieren. Hermanos, ¿Qué más queréis? No hay mejor cosa que estar unido a Dios cuando le veamos cara a cara. Pero mientras tanto, ¿qué? Como hablo siendo aun peregrino, unirme a Dios es un bien. Mas como ahora me hallo peregrinando y no ha llegado todavía la realidad, pondré en Dios mi esperanza. Mientras no estés unido a Dios, pon tu esperanza en El. ¿Fluctúas? Lanza el áncora a tierra. No te uniste aun por la presencia; únete por la esperanza. Pondré en Dios mi esperanza. ¿Y qué haces aquí al poner tu esperanza en Dios? ¿Cuál ha de ser tu ocupación? Alabar a quien amas y conseguir amadores para que le amen contigo. Si amases al auriga, ¿no arrastrarías a todos para que le aclamasen contigo? El amante del auriga, en dondequiera se halle, habla de él para que con él también le amen los demás. ¡Gratuitamente son amados los hombres disolutos, y se recaba premio de Dios para amarle! Ama gratuitamente a Dios. No

rehúses llevar a Dios a cuantos puedas. Arrastrad hacia El a cuantos podáis, a cuantos le habéis de poseer. El no tiene límites; no pongáis términos en El; cada uno le poseerá por completo y todos le poseeréis por entero. Luego haz esto estando aquí, es decir, cuando pones en Dios tu esperanza” (Comentario al salmo 72, 34).

Es una profunda lección la que nos estás dando, ¿quieres decirnos algo más para completar estas primeras reflexiones?

Sí, claro, hay tantos matices..., pero al menos me gustaría recordaros otro aspecto que puse de relieve con frecuencia en mis escritos, por ejemplo, comentando el Salmo 4, allí podéis leer: “*Impresa está en nosotros la luz de tu rostro, ¡oh Señor!* Esta luz es todo y el verdadero bien del hombre, que se contempla no con los ojos del cuerpo, sino de la mente. Dijo que *está impresa en nosotros*, como se halla grabada en el denario la imagen del rey. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, la que, al pecar, echó a perder; su bien es verdadero y eterno si se esculpe renaciendo... Así como os exige el César el grabado de su imagen, del mismo modo Dios; de suerte que, como al César se le devuelve la moneda, así se le devuelva a Dios el alma iluminada y grabada con la luz de su rostro. *Alegraste mi corazón*: no debe ser buscada fuera la alegría por aquellos que, siendo aún duros de corazón, aman la vanidad y buscan la mentira, sino dentro, donde ha sido grabada la luz del rostro de Dios. Porque Cristo habita en el hombre interior, como dice el Apóstol. A él pertenece contemplar la verdad” (Comentario al salmo 4, 8).

Estoy vivamente impresionado y entusiasmado, tenemos esculpida su imagen en nosotros, está como grabada a fuego, no se puede borrar del todo nunca..., pero, Agustín, ¿quiere decir esto último que la reflexión sobre la imagen de Dios, tiene que ver con el ser moneda de Dios y con la interioridad y con otros muchos aspectos?

Es evidente que todos los temas pueden ir saliendo si se tira bien del hilo, que la implicación de unos aspectos en otros es necesaria, pero lo que más me interesaba subrayar en la anterior reflexión era el compromiso que significa el que seamos imagen de Dios. Ser moneda de Dios lleva consigo devolverle a Dios lo suyo, y a la vez reconocer que sólo Dios puede acuñar de nuevo la moneda si está muy deteriorada, es más, si en el Antiguo Testamento se ha prohibido hacer imágenes de Dios es porque Dios mismo ya la ha hecho en el hombre y nadie puede hacerla mejor que Dios, de esto ya he hablado en algunos de mis sermones: “¿Busca la imagen de Dios? La tiene en sí mismo; el artífice no pudo hacer la imagen de Dios, pero Dios pudo hacer una imagen de sí mismo. No hizo nada distinto de ti mismo, sino que te hizo a ti a su imagen. Adorando, pues, la imagen de hombre que hizo el artífice, quebrantas la imagen de Dios, que Dios imprimió en ti mismo. Por tanto, cuando te llama para que vuelvas, quiere devolverte aquella imagen que tú, refregándola en cierto modo con la ambición terrena, perdiste y oscureciste... Como el César busca su imagen en su moneda, así Dios busca la suya en tu alma. Da al César, dice, lo que es del César. ¿Qué te pide el César? Su imagen. ¿Qué te pide Dios? Su imagen. Pero la del César está en la moneda, la de Dios está en ti. Si alguna vez pierdes una moneda,

lloras porque perdiste la imagen del César; ¿y no lloras cuando adoras un ídolo sabiendo que haces una injuria a la imagen de Dios que reside en ti?” (Sermón 113 A, 7-8).

Aunque, estoy seguro que hay muchas cosas que nos podías clarificar mejor y que nos enriquecería más, me parece que ya es suficiente por ahora esta primera faceta y que ha llegado el momento de que nos digas algo del segundo aspecto sobre tu vida.

Hablando más en concreto de mi mismo, quiero señalar, para que se pueda entender mi itinerario, que yo siempre he sido una persona inquieta, ya lo dije al comienzo de Confesiones: “Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (Confesiones 1, 2, 1). Por no conformarme nunca, por seguir buscando, a veces me equivoqué, por ejemplo, optando por el maniqueísmo, que fue una mala decisión. Pero tengo en mi descargo que era joven y que supieron venderme muy bien su producto, es decir, que me lo pusieron muy fácil y yo no descubrí en un principio la trampa. A Honorato se lo expliqué cuando le conté mi experiencia personal: “Tú sabes como yo, que entramos en el círculo de los maniqueos y caímos en sus redes por esto: porque prometían, dejando a un lado el testimonio odioso de la autoridad, llevar hasta Dios, librándonos de todo error y por un ejercicio estrictamente racional, a cuantos se pusieran sumisos en sus manos. Cuando apenas contaba yo diecinueve años, dejé la religión que en mi alma de niño habían depositado mis padres y fui secuaz y diligente discípulo suyo, porque, en lugar del terror supersticioso y de una fe irracional que se me imponía en aquella, me ofrecían una fe libre, que seguiría a la discusión y esclarecimiento de la verdad. ¿A quién no iban a seducir estas promesas, y sobre todo si se trata de un espíritu joven, ansioso de verdad, altanero y charlatán a consecuencia de las disputas escolares con hombres doctos, como lo era yo; yo, que, cuando los encontré, despreciaba aquellas cosas como cuentos de senescentes, mientras ardía en deseos de poseer la verdad auténtica y clara, que ellos me prometían, y de abreviar en ella mi sed? Pero había una razón que, en última instancia, impedía mi entrega completa a los maniqueos y me retenía entre los oyentes, sin fuerza para renunciar a las esperanzas y cosas de este mundo, a saber: veía que su elocuencia era más rica y más fina cuando se trataba de refutar los errores de los demás que segura y firme en la exposición de las doctrinas propias... Hacían con nosotros lo que los astutos cazadores de pájaros: que ponen varetas enligadas al lado de las aguas para cazar a las avecillas sedientas. Y para que la sed las haga venir a sus trampas, ciegan o cubren de alguna manera las aguas de las inmediaciones, o se sirven incluso de artefactos que las asustan y ahuyentan de allí” (La utilidad de creer 1, 2). Gracias a esta inquietud y a este buscar sin desalentarme y, por supuesto, al inmenso regalo de Dios, llegué a ser un convertido y esto me ha marcado para siempre.

Con relación a tu conversión el otro día leía lo siguiente: ““Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé” (Confesiones 10, 27, 38). Con este grito de su corazón expresa san Agustín su pesar por haber malgastado en cosas baldías tantos años de su vida. La conversión fue para él el arribo al

puerto tras un laborioso y largo navegar por el océano de la duda, de la incertidumbre y de la incoherencia. Con la conversión se encuentra a sí mismo y a la vez encuentra la alegría de vivir, experimenta el amor en el abrazo misericordioso del Padre y ve a la Iglesia como madre de salvación y modelo de vida” (Liturgia agustiniana de las horas 24 de abril, p. 58) ¿Qué te parece estas apreciaciones? ¿Puedes decirnos algo de tu conversión?

Sí, comenzando por el principio, lo primero que yo he experimentado en la conversión es que antes no amaba a Dios y ahora sí, o al menos podía amarle, eso es lo que he querido expresar con el texto que has leído de Confesiones, pero ahí digo mucho más, digo que Dios estaba dentro de mí y que no me había percatado y digo que con la conversión todo mi ser ha quedado transformado, incluso mis sentidos, todos ellos, han quedado sanados y reformados, el texto continúa: “Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abrázame en tu paz” (Confesiones 10, 27, 38). Este amor de Dios, que es puramente gratuito, es el principio de toda conversión, como ya afirmo en el comentario a un salmo y en algunos de los sermones: “Porque Dios nos ha buscado, antes que nosotros le buscásemos a Él” (Comentario al salmo 127, 8). “Tú fuiste amado antes, para que fueras hecho digno de ser amado” (Sermón 142, 5), por tanto: “No te arrogues la misma conversión, porque si no te hubiese llamado Él a ti que huías, no hubieras podido convertirte... Quien te dice: Yo soy la luz del mundo, te llama a sí. Cuando te llama, te convierte, cuando te convierte, te sana; cuando te hubiere sanado, verás a tu Conversor” (Comentario al salmo 84, 8). Como veis, mi conversión es una llamada a vuestra conversión, a dejar que Dios esté en el centro de vuestra vida y a darle gracias por su presencia y su obra en vosotros. Que la conversión pueda ser vista como un llegar al puerto..., sí, esa metáfora la utilicé yo mismo para hablar de mi conversión, podéis leerlo en La vida feliz 1, 1-5, la narración es algo más filosófica y hablaba del puerto de la filosofía como paso previo para la tierra firme de la vida dichosa.

La verdad es que con la respuesta que nos has dado se me acumulan las preguntas, pero no por curiosidad, a mí siempre me ha parecido fascinante la historia de tu conversión, cómo superaste el escepticismo, el materialismo, el naturalismo, cómo volviste a Dios, a la Católica, cómo llegaste a descubrir la necesidad de la gracia, las mediaciones de las que se sirvió Dios para depositarte en sus brazos, la llamada a la interioridad y todo este camino recorrido con tus amigos, en cordada, en fraternidad, desde el amor. Pero aterrizando, lo primero que quiero saber es ¿en qué consistió tu conversión?

Ya en el libro noveno de Confesiones lo dije sintéticamente, os lo repito: “Todo ello consistía en no querer lo que yo quería y en querer lo que Tú querías” (Confesiones 9, 1, 1). Pero no penséis que esto fue fácil, para nada..., esto es como la etapa final,

recordarlo me emociona, ya lo expresé hablando con Dios: “¡Qué dulce fue para mí carecer de repente de las dulzuras de aquellas bagatelas, las cuales cuanto temía entonces perderlas! Porque tú las arrojabas de mí, ¡oh verdadera y suma dulzura!, tú las arrojabas, y en su lugar entrabas tú, más dulce que todo otro deleite, aunque no a la carne y a la sangre; más claro que toda luz, pero al mismo tiempo más interior que todo secreto; más sublime que todos los honores, aunque no para los que se subliman sobre sí. Libre estaba ya mi alma de los devoradores cuidados de la ambición y de la codicia, revolcado en el cieno de los placeres, y rascándome la sarna de los apetitos carnales, y hablaba mucho ante ti, ¡oh Dios y Señor mío!, claridad mía, riqueza mía y salud mía” (Confesiones 9, 1, 1).

Pero antes he tenido que apurar hasta los posos el cáliz amargo del alejamiento de Dios y la desventura de andar alejado de mi centro, recordad lo que dije cuando me di cuenta de la necesidad que tenía de Dios: “Y advertí que estaba lejos de ti en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz de lo alto: Manjar soy de grandes; crece y me comerás. Pero tú no me mudarás en ti como el manjar de tu carne, sino que tú te mudarás en mí” (Confesiones 7, 10, 16). Eso de “tú te mudarás en mí”, es decir tú serás yo, dicho por Dios, confieso que casi me trastorna, ¡será posible! ¡Es fascinante lo que Dios puede y quiere hacer con nosotros! Y me pareció tan urgente que hasta le pedía a Dios que realizase su obra en mí de inmediato: “Ea, Señor, manos a la obra; despiértanos y vuelve a llamarnos, enciéndonos y arrebatáanos, derrama tus fragancias y senos dulce: amemos, corramos” (Confesiones 8, 4, 9). Pero me sentía incapaz y me ponía disculpas, que echaban por tierra los mensajeros de Dios, Simpliciano y Ponticiano y no me dejaban escapatoria posible, con todo ello entré en una profunda crisis, en una lucha sin cuartel: “Veíame y llenábame de horror, pero no tenía a dónde huir de mí mismo” (Confesiones 8, 7, 16). Tuve la suerte de que Tú siempre estabas presente y cercano a mí, siempre a mí lado: “Yo cada vez más miserable y tú acercándote cada vez más. Tu diestra me arrancaba del cieno de mis vicios y me lavabas” (Confesiones 6, 16, 26). Ya reconocí en Confesiones que nunca me sentí abandonado: “Pensaba yo estas cosas, y tú me asistías; suspiraba, y tú me oías; vacilaba, y tú me gobernabas; marchaba por la senda anche del siglo y tú no me abandonabas” (Confesiones 6, 5, 8). Fue también una suerte poder contar con mis amigos, así desahugué mi corazón con Alipio, así lo narre en Confesiones: “Entonces estando en aquella contienda de mi casa interior, que yo mismo había excitado fuertemente en mi alma, en lo más secreto de ella, en mi corazón, turbado así en el espíritu como en el rostro, dirigiéndome a Alipio exclamé: “¿Qué es lo que nos pasa? ¿Qué es esto que has oído? Levántanse los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros, con todo nuestro saber, faltos de corazón, ved que nos revolcamos en la carne y en la sangre. ¿Acaso nos da vergüenza seguirles por habernos precedido y no nos la da siquiera el no seguirles” (Confesiones 8, 8, 19). Y a la luz de un texto de san Pablo, en el mismo jardín de Milán se me hizo la luz... Pero no quiero cansaros más con estas cosas...

Ya sé que podrías seguir hablando días y días sobre tu conversión y sobre sus consecuencias, de cómo cambiaron tus apreciaciones y deseos, tus actitudes y tu vida, tal vez otro día tengamos que seguir con esta conversación,

¿te parece? Pero ahora siendo consciente de que ‘pronto se hace tarde’, es decir, que el tiempo vuela, aunque sea muy resumido dinos algo de estos otros aspectos, por supuesto sin renunciar a un diálogo más largo sobre cada uno en otro momento. Comenzando por la interioridad, ¿es verdad que tiene que ver y consiste en el cuidado de uno mismo? ¿Por qué ha sido tan importante la interioridad para ti hasta el punto de que nos la propones como el método más adecuado para todos?

La interioridad es el camino para llegar a Dios, porque se trata de una interioridad trascendente, pero la llamada a vivir dentro es el mejor medio para descubrirse, para conocerse y para trabajarse en serio. El proceso ya lo he dicho en Confesiones, ha comenzado con la invitación que me hicieron los neoplatónicos, escuchad: “Y, amonestado de aquí a volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti, y lo pude hacer porque tú te hiciste mi ayuda” (Confesiones 7, 10, 16). Allí descubrí que Dios habitaba en el hombre interior, descubrí que era imagen de la Trinidad y que tenía que conocerme y cuidarme, porque, como ya dije en el libro del Orden: “la causa principal de todo error es que el hombre se desconoce a sí mismo. Para conocerse necesita estar muy avezado a separarse de la vida de los sentidos y replegarse en sí y vivir en contacto consigo mismo” (Del orden 1, 1, 3). Es en el hombre interior donde el ser humano encuentra su consistencia y su alimento. La formulación precisa de la doctrina la dejé escrita en el libro sobre La Verdadera religión, y dice: “No quieras ir fuera; entra en ti mismo; en el hombre interior habita la verdad; y si vieras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo” (La verdadera religión 39,72). Todos hemos de perseguir, como ya sabemos, unirnos a Dios, pero es también verdad que “si tú mismo estás lejos de ti, ¿por dónde vas a poder aproximarte a Dios?” (Comentario al evangelio de Juan 23,10). Sí, así es, alejarse de sí es alejarse de Dios, volver a sí es volver a Dios, por eso el camino de la interioridad es un método para la búsqueda de Dios y una gran desafío para conocerse a uno mismo.

Sin duda el protagonista de tu vida ha sido siempre Dios, unas veces manifiesto y otras oculto, pero siempre Dios ¿puedes decirnos el por qué de esa búsqueda apasionada? ¿Qué ha sido para ti el encuentro con Dios?

Para mí Dios ha sido todo, encontrarme con él fue encontrarme con el sentido de mi vida, más aún, ¿os digo un secreto al oído? Dios es la felicidad, y esto es muy serio, es todo. Cuando me di cuenta de esto se resolvieron todas mis preocupaciones. Así lo expresé: “Buscar a Dios es ansia o amor de la felicidad, y su posesión la felicidad misma. Con el amor se le sigue y se le posee, no identificándose con Él, sino uniéndose a Él con un modo de contacto admirable e inteligible, totalmente iluminado el ser y preso con los dulces lazos de la verdad y de la santidad... El camino de la felicidad es el primero y principal precepto del Señor... ¿quién, pues, se atreverá a poner en duda, establecido y firmemente creído esto, que sólo Dios es nuestro sumo bien, y que su posesión debe preferirse a todo, y que toda prisa es poca para conseguirlo? Además, si no hay nada que nos pueda separar de su amor, ¿qué habrá ni mejor ni más seguro que este bien?” (Las costumbres de la Iglesia 1, 11,18-19). Siendo esto así, se comprende que sólo Dios es suficiente, sólo Él basta (cfr. Sermón

19,5). Dado que él es nuestra felicidad y nuestra dicha, lo importante será reelegirle para unirnos a Él: “Él es fuente de nuestra felicidad, es meta de nuestro apetito. Eligiéndole a Él, o mejor reeligiéndole, pues le habíamos perdido por negligencia; reeligiéndole a Él, de donde procede el nombre de religión, tendemos a Él por amor para descansar cuando lleguemos; y de este modo somos felices, porque en aquella meta alcanzamos la perfección. Nuestro bien no es otro que unirnos a Él... Para que el hombre supiese amarse se le puso delante la meta, a donde tenía que dirigir todo lo que hacía para ser feliz. Y esta meta es unirse a Dios. Ahora bien, cuando se manda a uno, que sabe amarse a sí mismo, que ame al prójimo como a sí mismo, ¿qué otra cosa se le manda sino que le recomiende, cuando puede, que ame a Dios? Este es el culto a Dios; ésta, la verdadera religión; ésta, la piedad recta; ésta, la servidumbre debida sólo a Dios” (La ciudad de Dios 10, 3,2). Leedlo despacio, medítadlo, vivíadlo.

Buscar a Dios, elegirle, ponerle en el primer lugar, unirse a Él por el amor y amar al prójimo, es todo un programa de vida. ¿Algo más sobre Dios?

Sí, todo lo dicho no es devocional sino necesario, no es que se pueda hacer o no hacer, necesariamente tenemos que introducirnos en este dinamismo porque Dios es el bien propio del hombre, en el comentario al salmo 102 lo dije con claridad: “¡Oh alma!, busca tu bien. Para cada ser existe un bien distinto; todas las criaturas tienen su bien propio: el de su integridad y el de la perfección de su naturaleza. Lo que interesa es saber qué le es necesario a cada ser imperfecto para perfeccionarse. Busca, pues, tu bien. Nadie es bueno, sino Dios. El Sumo Bien es tu bien. ¿Y qué le falta a quien el Sumo Bien es su bien?... Tú eres coheredero de Cristo. ¿De qué te alegras? ¿De qué eres compañero de las bestias? Endereza tu esperanza al bien de todos los bienes. Tu bien ha de ser Aquel por quien tú fuiste hecho en tu naturaleza bueno, como todas las cosas en su género fueron hechas buenas, pues Dios hizo todas las cosas sobremanera buenas” (Comentario al salmo 102,8).

Dando un paso más, me gustaría que nos contases algo de lo que ha sido la Iglesia para ti. ¿Qué ha significado? ¿Qué nos dirías a nosotros hoy?

Me da la impresión que os cuesta comprender el tesoro que tenéis en la Iglesia. Ella es la madre que nos engendra y la maestra que nos enseña, para mí la Iglesia es el Cristo total, Cabeza y miembros. Ya he dicho en alguna ocasión que no se puede tener a Dios como Padre si no se tiene a la Iglesia como Madre, que esta es la manera de vivir los santos: “Así es la vida de los justos, así la vida de los santos, que tienen a Dios por Padre y a la Iglesia por madre. A quienes no ofenden ni a tal Padre ni a tal Madre, sino que viven en el amor de uno y otro, corren hacia la herencia eterna sin ofender a ninguno de los dos, se les otorga la herencia” (Sermón 22, 9; 56, 14; 57, 2; 244, 2; 216, 7; 261, 8). Ella es nuestra madre puesto que nos engendra a la vida eterna: “Ama, pues, a tu padre, pero no por encima de Dios; ama a tu madre, pero no por encima de la Iglesia, que te engendró para la vida eterna” (Sermón 344, 2). Esto siempre me ha llenado de júbilo, recuerdo con qué pasión y entusiasmo se lo transmitía a los recién bautizados: “Esperad en él, asamblea del nuevo pueblo, pueblo que estás a punto de nacer, pueblo que hizo el Señor; esmérate para ser alumbrado

con salud y evitar un aborto propio de fieras. Pon tus ojos en el seno de la madre Iglesia; advierte su esfuerzo envuelto en gemidos para traerte a la vida, para alumbrarte con la luz de la fe. No agitéis por impaciencia las entrañas maternas, estrechando así las puertas del parto. Pueblo que estás siendo creado, alaba a tu Dios; alaba, alaba a tu Dios, pueblo que te abres a la vida. Alábele porque te amamanta, alábele porque te alimenta; puesto que te nutre, crece en sabiduría y edad” (Sermón 216, 7).

Pero la Iglesia es también maestra que nos enseña la verdad y la espiritualidad Dios, ya dije en Confesiones: “De esto huí siempre (de concebir a Dios como cuerpo humano) y me alegraba de hallarlo así en la fe de nuestra Madre espiritual, tu Católica” (Confesiones 7, 7, 11) Yo he experimentado que la Iglesia es el nido de los humildes siervos, leedlo en libro cuarto de Confesiones: “¿Acaso era gran daño para tus pequeñuelos el que fuesen de ingenio mucho más tarde, si no se apartaban lejos de ti para que, seguros en el nido de tu Iglesia, echasen plumas y les creciesen las alas de la caridad con el sano alimento de la fe?” (Confesiones 4, 16, 31). Pero seguro que lo que mejor expresa lo que es la Iglesia para mí, es lo que dejé escrito en El trabajo de los monjes, escuchadlo y aprendedlo y llevadlo a la práctica: “Esclavo soy de la Iglesia, máxime de los miembros más débiles, sin preocuparme por saber qué clase de miembro soy yo mismo” (Trabajo de los monjes 29, 37).

Los tres tiempos fundamentales de la reflexión los he marcado cuando pedía a los que me escuchaban y os pido a vosotros que améis a la Iglesia, que permanezcáis en esta Iglesia, que seáis esta Iglesia, es decir, si algo quisiera que entendieseis y que vivieseis es este mensaje: sed Cristo, sed Iglesia, sed comunión: “Os amonesto y ruego por la santidad de estas nupcias que améis a esta Iglesia, y permanezcáis en esta Iglesia, y seáis de esta Iglesia. Amad al Buen Pastor, el bello Esposo que a nadie engaña, que a nadie quiere ver perdido. Rogad también por las ovejas descarriadas, para que también ellas vengan a nosotros y reconozcan y amen la verdad, y no haya sino *un solo rebaño y un solo pastor*” (Sermón 138, 10). En otro momento considerando lo que hay que hacer con una madre, decía: “Honrad, amad, pregonad también a la Iglesia santa, vuestra madre, como a la ciudad santa de Dios, la Jerusalén celeste. Ella es la que fructifica en la fe que acabáis de escuchar y crece por todo el mundo: la Iglesia del Dios vivo, la columna y sostén de la verdad, la que tolera en la comunión, en los sacramentos, a los malos, que serán apartados al fin de los tiempos, y de los que ya se separa ahora por la diversidad de costumbres” (Sermón 214, 11).

Todo esto está encuadrado en la doctrina del Cristo Total, con verdaderos ritmos musicales: “Dios no puede dar ningún don mayor a los hombres que hacer que su Verbo, por el cual creó todas las cosas, fuese Cabeza de ellos y adaptarlos a Él como miembros, a fin de que fuese Hijo de Dios e hijo del hombre; un solo Dios con el Padre y un solo hombre con los hombres. Por tanto, cuando hablamos a Dios suplicando, no separamos al Hijo de la plegaria; y cuando ruega el Cuerpo del Hijo, no aparta de sí a su Cabeza; y así es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, el único Salvador de su Cuerpo, el cual pide también por nosotros y en nosotros; y también

oramos nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como nuestra Cabeza; y nosotros oramos a Él como nuestro Dios. Reconozcamos en Él nuestra voz, y su voz en nosotros” (Comentario al salmo 85, 1).

Ya para terminar este apartado querría dejaros una primicia para que os enamoréis de Cristo y de la Iglesia y viváis agradecidos y alegres en cada instante de vuestra vida; para mí cristología, eclesiología forman un todo íntimo, profundo, entusiasta: “Felicitémonos, pues, a nosotros mismos y seamos agradecidos; se nos ha hecho llegar a ser no sólo cristianos, sino Cristo mismo. ¿Os dais cuenta, hermanos, comprendéis lo que Dios nos ha hecho? Es para que os llenéis de admiración y de alegría. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo. Porque, si Él es la cabeza y nosotros somos los miembros, todo el hombre es Él y nosotros. Esto es lo que el apóstol Pablo afirma: *Con el fin de que dejemos de ser ya niños, que son llevados y traídos por todos los vientos de doctrina. Anteriormente había dicho ya: Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a la edad del hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo.* Luego la plenitud de Cristo o todo el Cristo es la cabeza y los miembros. ¿Cuál es la cabeza y cuáles son los miembros? Cristo y la Iglesia” (Comentario a Juan 21, 8).

Y todo esto que nos has transmitido lo has intentado vivir en compañía, con tus amigos, en comunidad, comunicando los avances y los dones, con esa pasión de ser amigos y de buscarlos, como ya nos has dicho en uno de tus primeros escritos: “En toda condición, lugar, tiempo, o tengan amigos o búsqúenlos” (Sobre el orden 2, 8, 25), como diciéndonos que la clave para entender tu vida y tus enseñanzas es el vivir juntos, el ser comunidad, la fraternidad. ¿Quieres decirnos algo en este sentido?

Siempre me ha parecido que sin el amigo nada es bueno ni agradable en la vida, así lo expresé en una de las cartas que escribí: “Si la pobreza nos oprime, si el duelo nos acongoja, si el sufrimiento corporal nos atormenta, siempre hay almas caritativas que saben ejercer el arte de estar contentos con los que ríen y que saben llorar con los que lloran. Almas que saben pronunciar palabras reconfortantes, y mantener una conversación bienhechora. De esta manera se endulzan los pesares, se aligeran las cargas, se vencen los desengaños. Pero en realidad es Dios el que lleva a cabo todo esto por y en los hombres. Es Él, a través de su Espíritu, el que hace buenos a los hombres. Por otra parte, cuando nadamos en la abundancia, o el duelo está lejos de nosotros o gozamos de buena salud corporal, o vivimos en una patria libre, pero nos vemos obligados a convivir entre gente entre las que no hay ni uno solo del que no dudemos o temamos la artimaña, el engaño, el rencor, la discordia, o la falsedad, ¿acaso no se convierten entonces todos estos bienes en duros y amargos, y pierden toda su alegría y encanto? De esta forma, sin un hombre que sea nuestro amigo, no hay nada en este mundo que nos parezca amable” (Epístola 130, 2, 4).

Ya veo que para ti la amistad es verdaderamente importante. Sé que las has cultivado, que has considerado al amigo como la mitad de tu alma, ¿quieres decirnos algo más de la amistad?

Repito, para completar lo dicho, lo que ya dije en cierta ocasión, en uno de mis sermones respondiendo a la pregunta de por qué es importante la amistad. Allí insistía en que la amistad es un bien natural, lo mismo que la salud, estas son las palabras: “En este mundo son necesarias estas dos cosas: la salud y el amigo; dos cosas que son de gran valor y que no debemos despreciar. La salud y el amigo son bienes naturales. Dios hizo al hombre para que existiera y viviera: es la salud; mas, para que no estuviera solo, se buscó la amistad. La amistad, pues, comienza por el propio cónyuge y los hijos y se alarga hasta los extraños. Mas si consideramos que todos hemos tenido un único padre y una única madre, ¿quién puede considerarse extraño? Todo hombre es prójimo de todos los hombres. Interroga a su naturaleza. ¿Es un desconocido? Pero es un hombre. ¿Es un enemigo? Pero es un hombre. ¿Es un amigo? Siga siéndolo. ¿Es un enemigo? Hágase amigo” (Sermón 299 D, 1).

Recuerdo haber leído en Confesiones que esta inquietud de vivir con tus amigos en comunidad fue una idea temprana, ¿cómo fue aquello?

Fue algo antes de mi conversión, estaba tan entusiasmado que había proyectado una nueva vida en comunidad, aunque después por causa mayor no se pudo realizar, pero el alma del proyecto de una comunidad de estudiosos era yo, mis amigos secundaban, también con gran entusiasmo, lo que les proponía, el proyecto era el siguiente: “También muchos amigos, hablando y detestando las turbulentas molestias de la vida humana, habíamos pensado, y casi ya resuelto, apartarnos de las gentes y vivir en un ocio tranquilo. Este ocio lo habíamos trazado de tal suerte que todo lo que tuviésemos o pudiésemos tener lo pondríamos en común y formaríamos con ello una hacienda familiar, de tal modo que en virtud de la amistad no hubiera cosa de éste ni de aquél, sino que de lo de todos se haría una cosa, y el conjunto sería de cada uno y todas las cosas de todos. Seríamos como unos diez hombres los que habíamos de formar tal sociedad, algunos de ellos muy ricos, como Romaniano, nuestro comunicape, a quien algunos cuidados graves de sus negocios le habían traído al Condado, muy amigo mío desde niño, y uno de los que más instaban en este asunto, teniendo su parecer mucha autoridad por ser su capital mucho mayor que el de los demás. Y habíamos convenido en que todos los años se nombrarían dos que, como magistrados, nos procurasen todo lo necesario, estando los demás quietos. Pero cuando se empezó a discutir si vendrían en ello o no las mujeres que algunos tenían ya y otros las queríamos tener, todo aquel proyecto tan bien formado se desvaneció entre las manos, se hizo pedazos y fue desechado” (Confesiones 6,14, 24).

Pero la inquietud quedó y comenzó a fraguarse posteriormente en Casiciaco, con un grupo de amigos, donde hice un ensayo general, allí respondiendo a la razón que me preguntó ¿por qué quieres que vivan o permanezcan contigo tus amigos, a quienes amas?, le dije: “Para buscar en amistosa concordia el conocimiento de Dios y del alma. De este modo, los primeros en llegar a la verdad pueden comunicarla sin trabajo a los otros” (Soliloquios 1, 12, 20) y se realizó de forma más plena en Tagaste, primero y después en Hipona, en el monasterio. De mí talante en el primer monasterio, dice mi amigo Posidio: “Comunicaba a los demás lo que recibía del cielo con su

estudio y oración, enseñando a presentes y ausentes con su palabras y escritos” (Posidio Vida, 3).

Si queréis conocer mejor qué es eso de la vida fraterna en común, todo está reflejado en la Regla a los siervos de Dios, allí, entre otras cosas, os doy la clave para vivir así: “Vivid, pues, todos unánimes y concordés y honrad los unos en los otros a Dios, de quien sois templos vivos” (Regla 1,9) Y esto porque es en la unidad de los hermanos donde se recibe la bendición del Señor y donde se puede bendecir a Dios: “Pues allí preceptuó Dios la bendición. ¿En dónde la preceptuó? Entre los hermanos que habitan en unión. Allí prescribió la bendición, allí bendicen al Señor los que habitan en armonía” (Comentarios a los Salmos 132,13). Evidentemente esta forma de vivir es de lo más inteligente, es deleitarnos en la sinfonía santa, es la concordia de la armonía, como decía en una ocasión a los fieles y os digo hoy a cada uno: “Oyen asimismo la sinfonía y el coro que suena y canta en la casa. ¿Qué es la sinfonía? La concordia de las voces. Quienes no tocan al unísono, disuenan; los que concuerdan, tocan a la vez. Esta es la sinfonía que enseñaba el Apóstol cuando decía: 'Os ruego, hermanos, que digáis todos lo mismo y que no haya entre vosotros divisiones'. ¿A quién no deleita esta sinfonía santa, es decir, el ir de acuerdo las voces, no cada una por su lado, sin nada inadecuado o fuera de tono que pueda ofender el oído de un entendido? La concordia pertenece a la esencia del coro. En el coro lo que agrada es la única voz que es el resultado de muchas otras, que, procediendo de todas, guarda la unidad, sin disonancias ni tonalidades discordantes” (Sermón 112A, 9).

Por tanto, resumiendo lo que nos has dicho, corrígeme si me equivoco, para seguirte e imitar tu vida, hemos de sabernos imagen de Dios, de vivir como convertidos, es decir, dejar que Dios sea cada vez más nuestro todo, cuidarnos desde dentro y cuidar al que nos habita, poner a Dios en el primer lugar de nuestra vida, ser servidores de la Iglesia y aprender a vivir con los otros...

Sí, con esto ya me daría por contento, mi vida, o mejor, mi ideal de vida tendría una continuidad, aunque poco a poco sería necesario profundizar en otros muchos aspectos también importantes y gratificantes y seguir reflexionando juntos.